



## ARENITAS DE ORO

---

Colección de consejos para santificación y bienandanza de la vida.

Sembremos buenos pensamientos, y recogeremos buenas acciones.

I

**¡Está solo!**

Sois Vos, ¡oh Jesús!, Vos á quien designa ese grito escapado del corazón conmovido de uno de vuestros hijos.

Nos ha suplicado que lo hagamos oír en todas las familias cristianas, y con gusto aceptamos esta misión.

Id, pues, pequeñas y amadas hojas, id á decir por todas partes que *¡Jesús está solo!*

Decidlo á la madre, que, por la tristeza que

experimenta cuando su hijo la ha abandonado, comprenderá la tristeza de Jesús.—Decidlo á la joven tan asidua antes en visitar á Jesús, y que ahora pasa tantas horas en fútiles lecturas.—Decidlo á la obrera piadosa que cada día, antes y después de su trabajo, irá durante algunos minutos á protestar á Jesús de que piensa en Él.—Decidlo á los sacerdotes, que serán más celosos en exhortar á las almas á visitar á Jesús.

¡ESTÁ. SOLO!

¡Está solo!... ¡siempre sólo!... El eco del santuario rara vez le lleva el rumor de los pasos de un amigo, y la lámpara, compañera solitaria de su abandono, día y noche consume por Él.

De cuando en cuando un ruido hiere sus oídos.

¿Mis hijos?... ¿vienen ya? ¡Ay! Su corazón me olvida,

Ni mi amor, ni mis beneficios ya los mueven.

Y sin pensar en Él, todos pasan por sus puertas.

Terrible prueba para el corazón que ama.

¡Y mil veces al día la imponemos á Jesús!... El hombre corre á los placeres, á los negocios, á las fiestas: su vida entera pasa en medio de mil cuidados asiduos.

La mujer prodiga también un tiempo tan precioso en mil vanidades, en mil cuidados de tocador. ¿Pero han pensado alguna vez en consagrar una hora al Dios que por su amor ha querido fijar entre ellos su morada? ¿Conocen el camino que conduce á su altar?

• Piden gloria al viento, al humo; se empeñan en beberla en la copa encantada de los placeres mundanos, en lugar de ir á buscarla en esa celestial fuente.

Corazones á quienes ama y colma de gracias, á quienes ha hecho reposar sobre el suyo, ¡ah! ¿no podréis de en medio de toda esa frialdad hacer que brote una oleada de amor y de fervor? ¿no podremos arrebatarnos al comercio del mundo esos largos ratos que

entregamos á su rápida corriente, y que tan pronto desaparecen en sus olas engañosas? ¡Ah! Si supiésemos dirigir mejor nuestra vida, hacer diariamente alguna economía de tiempo, ¡cuántas horas tendríamos para Jesús!

Por nosotros vive allí, por nosotros respira, por nosotros hace subir continuamente al Cielo el suspiro de su corazón, y nosotros le dejamos solo... Cristianos, ¡qué delirio! ¿En dónde pretenderemos entonces encontrar la dicha? ¡Ah! Si nosotros os amásemos, ¡oh Jesús!, vuestra presencia sería el único placer, el goce único que nuestra alma podría sentir acá abajo; pero si lejos de Él se pasa nuestra vida, si lejos de la Eucaristía nos hallamos bien, ¡ay! ¡cuánto, cuánto es de temer que ya no le amemos!

Vamos, pues, ¡oh, cristianos!, vamos á su prisión á rivalizar en amor con los mismos ángeles; rindamos nuestros homenajes á nuestro buen Jesús; que su mirada diariamente nos halle cerca de sí. Vayamos á saborear la divina palabra al pie de ese altar en donde

por nosotros se inmola, y de su corazón inflamado caerá sobre el nuestro. Vayamos á escuchar, en medio del silencio más conmovedor, los latidos de amor y de reconocimiento del corazón cuyos dolores habremos consolado.

Besemos sus pies divinos, cansados de esperarnos; reguemos con nuestras lágrimas esa mano que nos bendice; démosle nuestro más tierno amor; ofrezcámosle el perfume de las flores más delicadas. Si Jesús quiere tener entre nosotros sus delicias, ¿hemos de vacilar ante cualquier sacrificio? Ya que nos ama tanto, démonos á Él sin reserva. Él es nuestro alimento, nuestro esposo, nuestro padre; ¿qué más podía hacer para ganarse nuestros corazones? ¡Ah! No permitamos que mendigue nuestro amor.

*Irma F.*

## II

## El aguinaldo del buen Niño Jesús.

¡Deslumbradora chispa caída de la pluma de un académico! Hela aquí:

«Una mañana de Navidad, la hija de mi portero, niña de ocho años, me llevó misperiódicos y mis cartas.

»Tenía yo á la sazón en la mano un duro nuevo y brillante, y le dije:

»—Mira lo que el Niño Jesús me ha encargado darte.

»Ella me miraba y miraba la moneda con admiración, y luego dijo con voz enternecida:

»—¡Oh, qué bueno es el Niño Jesús!

»—¡Oh, sí es muy bueno; y como hacia la media noche, en esa hora en que cada año pasa por las casas para recompensar á los niños buenos, tú dormías y yo velaba trabajando, se detuvo cerca de mí y me dijo: «¿Ves á menudo á Bertita?»»

»—Pues qué,—dijo ella radiante de gozo,—¿el Niño Jesús sabe mi nombre?

»—Sí, hija mía, lo sabe todo...

»Y añadió:

»—Ella es trabajadora y obediente, va con constancia á la escuela de las Hermanas, y ha ganado la medalla de plata con la cinta verde.

»—¡Cómo! ¿También sabe eso el Niño Jesús?

»—Te digo que sí; Él me ha dejado esta hermosa moneda para ti.

»—¡Ah, Dios mío!—exclamó Berta juntando sus manitas:—¡cuánto tengo que agradecer al Niño Jesús!

»Y no cabiendo en sí de alegría, bajó de dos en dos los escalones, y fué á enseñar á su madre el presente del Niño Jesús.

—\*

»Si algún librepensador leyese por casualidad esta historieta, añade X. Marmier, que acaba de contármela, probablemente diría que Berta y yo somos dos idiotas.

»¡Oh, sí; tienen mucho talento, son muy sabios los librepensadores!»



Hay en esta breve y graciosa página todo un código de educación práctica, más útil para el bien de la sociedad y para la paz y felicidad de las familias, que en todas las teorías científicas de los mayores propagandistas de la enseñanza laica.

Hay en ella:

La presencia de Dios, que lo ve todo, aun los más pequeños esfuerzos que se hacen para ser virtuoso.

La ciencia de Dios, que todo lo sabe, á quien nada se escapa, ni siquiera el nombre de un niño.

La providencia paternal de Dios, que piensa en todos, aun en los más pequeños; que tiene cuidado de todo, aun de dar un gusto al alma de un niño, como da un poco de sol á la planta que apenas se levanta del suelo.

El reconocimiento que se le debe á Dios por todo, porque Dios es el foco de donde

irradia toda luz, es el tesoro de donde se derrama todo bien.



Y de ahí se deduce sencilla y necesariamente:

• Que es necesario abstenerse de todo lo que desagrade á Dios aun cuando nadie nos vea.

Que es necesario obedecer las órdenes de Dios. Nuestro Angel de la Guarda nos las hace conocer cuando estamos solos; nuestros padres nos las indican cuando estamos con ellos.

Que es necesario pedirlo todo á Dios, y esperararlo todo de Dios, aun las cosas más pequeñas, cuando pueden traernos un poco más de alegría y un poco más de virtud.

Que es necesario abandonarse á Dios cuando un trabajo nos amenaza ó cuando el mal humor viene á desgarrar nuestro corazón. Dios tiene para todos los sufrimientos una palabra que calma, una esperanza que levanta, una fuerza que sostiene, una luz que

muestra el bien producido por el sufrimiento y que llega á hacerlo amar.



¡Oh madres! ¡oh maestros! Rodead el alma de vuestros hijos de estos fuertes y santos pensamientos, como se rodea con un tejido fuertemente apretado el tallo débil que se quiere proteger contra el soplo de la tempestad.

Dejadlos crecer en medio de esta atmósfera sobrenatural, que les conservará ese *atractivo divino* que irradia de todo su ser, y que, como sin que vosotros os deis cuenta, os calma y tranquiliza, —esa *sonrisa* tan graciosa de sus labios, que disipa vuestras penas y os trae la alegría, —ese *candor de sus miradas* que ilumina toda vuestra mansión.

Un niño educado con el pensamiento de Dios, podrá olvidarse de Él, ¡pero no permanecerá largo tiempo lejos de Dios ni de su madre!

Madres, acordáos de esta palabra: «*Un niño que ha crecido bajo el influjo de la pre-*

*sencia de Dios, jamás hará llorar á su madre.*

¡Oh madres! ¡oh maestros! Aunque no sea más que para vuestra felicidad, no destruyáis en vuestros hijos el pensamiento de la presencia y del amor de Dios.

### III

#### Anda y pídele á Dios.

Esta es la frase de una madre cristiana que ha acostumbrado á su familia á recurrir á Dios *ante todo y para todo*.

Hay en esa casa un oratorio, en donde no se entra sino para orar. Allí envía la madre á sus hijos; allí es donde va ella misma muchas veces, ó sola ó con su familia, cuando sobreviene la menor cosa, aunque sea de poca importancia; allí dice y enseña á decir con profundo sentimiento de respeto: «*Venga á nos el tu reino, hágase tu voluntad.*»

¿Sucede ó simplemente amenaza una desgracia, es una pérdida de dinero, el principio

de una enfermedad, una contradicción, una humillación, un proyecto fallido, una de esas mil cosas que turban el alma, inquietan el espíritu; atemorizan y llevan como por instinto al niño á correr en pos de su madre, á la madre á ir en busca del médico ó á acudir al hombre de negocios, á la amiga íntima...? En esa casa cristiana desde luego se acude á Dios, y después á la madre, al médico, al abogado, á la amiga.

¡Anda y pídele á Dios! Esta es la consigna en esa casa para todo y para todos.

Cuando el niño vuelve del colegio mostrando dichoso una recompensa ó refiriendo una decepción: «Acude á Dios», le dice la Madre...

¡Dios mío, cuánto debéis amar á esa familia; guardarla, protegerla, ser en algún modo feliz con ella!

¡Y cómo en esa casa bendita deben abundar la paz, la alegría, la serenidad!

## IV

### Un santuario desconocido.

Este santuario es nuestro *estudio*, para nosotros los trabajadores del pensamiento, que tenemos necesidad, para hacernos capaces de cumplir la misión que Dios nos ha confiado, y aun para salvarnos, de pasar largas horas todos los días en soledad con nuestros libros.

Es vuestra sala de labor, modestas obreras, que para vivir ó hacer vivir á los vuestros permanecéis solas, lejos del ruido, aplicadas al trabajo manual, muchas veces penoso y monótono.

Es también vuestro gabinete, mujeres cristianas, que habéis comprendido la necesidad de retiraros algún rato, todos los días, en ese rinconcillo de vuestra morada, que habéis hecho especialmente vuestro, y en el que venís á encontraros solas con Dios, cansadas del ruido del mundo.

Vosotros los que no tenéis este dulce re-

tiro, como se decía en la Edad Media, no leáis esta hojita, porque no la comprenderíais.



Después del santuario en que, esperando vuestra cotidiana visita, reposa la santa Eucaristía, pocos hay tan recogidos, tan reposados, y añadamos tan santificantes, como el cuarto solitario del trabajador cristiano.

Dios reina allí más que en otra parte; Dios se hace sentir allí más que en otra parte.

Estamos en un taller en donde Él es el Jefe; trabajamos en las obras que Él mismo nos ha designado; y su mirada sigue á nuestra pluma cuando escribe, á nuestros ojos cuando leen, á nuestra aguja que se apresura, á nuestro pensamiento cuando reflexiona.

¡Oh! De cuando en cuando alcemos los ojos de nuestra alma hacia ese Señor que nos recuerda el crucifijo que está allí, con la risueña imagen de la Santísima Virgen, que derrama sobre nosotros dulce irradiación de paz.



¿Queréis comprender qué cosa es nuestro cuarto, y lo que hay en él de grande y santo?

Nuestro cuarto, en medio del ruido, de la agitación, del movimiento de una casa ó de una ciudad, es una pequeña ermita en donde nosotros somos el ermitaño. Allí, lejos de testigos, ó importunos, ó burlones, ó indiferentes, podemos dejar que nuestra alma se abandone á las devociones que ama, á las piadosas prácticas que tienen para ella el sabor de manjares delicados. Se prosterna, besa la tierra, acerca afectuosamente los labios á las llagas del Salvador; ¡se dicen á Dios y á la Santísima Virgen tantas cosas que sólo se dicen en la soledad! Se hace, en una palabra, cuanto un ermitaño puede hacer en el desierto.

Nuestro cuarto es un pequeño templo, en el que nosotros somos el sacerdote. El reclinatorio, que tiene en él un lugar importante, es el altar; es también un altar la mesa en que trabajamos, y este trabajo, casi siempre



penoso, ó por las dificultades que presenta, ó por la monotonía, ó por la asiduidad que exige, es el sacrificio casi continuo que allí ofrecemos. Nuestro corazón es la lámpara ardiente que allí se consume delante del Señor. Las oraciones que á cada paso se escapan de nuestros labios son el incienso y el perfume; el agua bendita nos sirve para purificar nuestros pensamientos, y las imágenes santas que nos rodean, dominadas por el crucifijo, nos dan su dulce claridad, como los cirios encendidos que dejan caer su luz sobre un verdadero altar.

Nuestro cuarto es un pequeño cielo, en el que nosotros somos los elegidos. «Todo lo que se hace en el Cielo, dice San Bernardo, se hace en una celda. Allí se adora á Dios, se le ama, se le sirve con toda libertad; allí se conversa con los ángeles y con la Reina de los Angeles; y ¡qué consoladora y qué suave es esta conversación! No, no es una interrupción dañosa al trabajo ese reposo de algunos minutos para elevar el alma ó para escuchar en

silencio las palabras que vienen de lo alto. Allí, en ese cielo, siquier no sea el Cielo verdadero, se suspira por el divino Amigo del alma, ó se conversa familiarmente con Él; se tiene la dicha de tenerle por testigo, por ayuda, por consejero, por inspirador del trabajo. Allí en ese Cielo, en donde nada hay realmente profano, cinco personas se encuentran siempre llenándolo con su presencia: *¡Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, nuestro Angel Custodio y nosotros!* Nosotros, pobres criaturas, tan pequeñas, tan malas, y que, sin embargo, ocupamos el pensamiento de Dios.

Nuestro cuarto, en fin, es un oratorio en el que preparamos nuestra alma para la santa Comunión ó continuamos la acción de gracias comenzada en la mañana, en donde podemos llorar con más facilidad y con más libertad que en la iglesia.—El oratorio, en el que no debemos entrar nosotros sino con respeto, y no introducir sino á los amigos que se pueden presentar con seguridad delante de Dios.—

El oratorio, á donde quizá Jesucristo vendrá en su persona eucarística á dársenos por última vez, y de allí conducirnos al verdadero Cielo de allá arriba.



¡Oh! ¿No sentimos la necesidad de amar nuestro cuarto, de permanecer en él el mayor tiempo posible; de sentirnos descontentos lejos de él, y de desear volver á él con el ardor de un pajarillo que, sorprendido por el frío, abre sus alas y vuela en busca de más dulce clima?

## V

### Lección dura pero útil.

Es la tarde de un día de fiesta profana, y la calle está llena de gente que va al espectáculo anunciado.

Desde un rico caserío vecino se dirigían hacia la ciudad dos jovencitas, impacientes por llegar, y estimulando el paso un tanto lento de su padre, que las acompañaba.

¡Pobre padre! ¡No había sabido resistir á los ruegos, á las súplicas, á las lágrimas de aquellas niñas, á quienes él creía amar y á quienes no sabía amar!

¡Pobres niñas! No habían sabido comprender que su deber era quedarse con su madre enferma; y, sobre todo, no habían comprendido cuánta alegría resulta de sacrificar un placer á un deber.

Su madre había dicho un poco triste: «Puesto que vuestro padre quiere, id, hijas mías; yo entretanto rezaré por vosotras.»

Ellas estaban radiantes de alegría, el padre inquieto.

Las oraciones de la madre las seguían.



Los ruidos de la fiesta comenzaban á dar á las jóvenes nerviosos estremecimientos de placer. Y he aquí que, dejando la ciudad en donde Dios estaba olvidado, un antiguo amigo de la casa, uno de esos amigos que pueden decirlo todo porque se les debe mucho, les encuentra, y lleno de admiración,

—¿Vosotros también—exclama—en esta fiesta?

El padre se sintió un poco cortado, porque su conciencia le decía las mismas palabras.

—Sí,—respondió :—estas niñas me han estado atormentando. ¡La actriz anunciada para esta tarde en el teatro es tan conocida, tan ponderada en todas partes, que no pudieron resistir al deseo de verla y oirla! ¿No es preciso conceder algunas veces á las niñas un ratito de alegría?

—¡Alegrías como ésta, jamás!

¡Una actriz! ¡Y lleváis á vuestras hijas á verla! ¡Y vuestras hijas han tenido deseo de conocerla y admirarla! ¡Y vos, padre cristiano, no habéis tenido valor de decir: *no!* ¡Y habéis ido á dar vuestros diez ó veinte sueldos porque vuestras hijas presencien ese espectáculo! Vos, mi viejo amigo; vos que tenéis tan buen sentido; vos que hasta esta hora habéis sabido guardar la inocencia de vuestras hijas. ¡Oh, amigo mío! En el nom-

bre de Dios, que me ha hecho encontraros en vuestro camino, oidme:

Quando se les deja ver sangre á los toros, se ponen furiosos y no es posible dominarlos.

Quando hayáis pagado porque vuestras hijas vean lo que es una mujer que se muestra á los ojos de todos sin ruborizarse, no os sorprendáis si más tarde vuestras hijas no tienen ni la modestia de los ojos, ni la continencia en la maneras, ni la timidez del lenguaje que las hace tan amables.

Creeréis que ellas no hacen otra cosa que reír... Aplaudirán, y puede ser que por lo bajo envidien esos aplausos.

Creeréis que ellas no pensarán sino en divertirse... Pensarán quizá qué hermosas estarían con ese vestido que halaga y atrae la admiración; ¡y quién sabe si empezarán á probar á ponerse hermosas!

Creeréis que, pasada la fiesta, olvidarán este espectáculo y volverán tranquilamente á los trabajos domésticos... No, no; á los dieciséis, á los dieciocho años, escenas de esta

clase se graban profundamente en el interior...; se manifiestan á las miradas de la imaginación y hacen aborrecer todo lo demás.

Ni digáis: *sólo es una vez y de paso*. Una mirada basta para turbar largo tiempo un alma; una gota de veneno basta para viciar la sangre para toda la vida, y hay veneno para el alma en tales espectáculos.—*¡Una vez! ¿Y qué razón les daréis para no llevarlas por segunda y tercera vez?*

Mirad, hijas mías, mirad á un antiguo amigo de vuestro padre, un amigo de vuestra madre, que quizá ruega y llora en este momento por no haber podido interponer su voluntad; un amigo viejo que os ha acariciado cuando erais pequeñitas, y que os ha visto crecer en la hermosa ignorancia del mal, puede deciros lo que yo os digo.

Cuando á vuestra edad se desea una cosa con pasión, y al desearla hierva la sangre en las venas, el corazón late con más violencia y se está, como vosotras ahora, devoradas por la impaciencia de poseerla, estad seguras de

que lo que se desea es malo. Retened bien esto.

¡Y ahora adiós, mi antiguo amigo, y perdonadme!



El padre miró á sus hijas, que se habían ruborizado, como si el amigo de la casa hubiera leído en su corazón, y les dijo:

— *A casa, hijas mías.*

Las oraciones de la madre habían seguido á sus hijas y las habían protegido.

## VI

El que al pie de su lecho reza respetuosamente su *oración de la noche*, es como el dueño que pone un vigilante cerca de su casa: ¡puede dormir en paz!

## VII

## Una palabra sobre la Santísima Virgen.

Hace mucho tiempo, al menos nos lo parece, que nada hemos dicho de la Santísima Virgen. Es verdad que ese nombre bendito de *María* se encuentra á menudo en nuestras hojitas : está allí como *la gota de rocío* permanente, manteniendo la frescura de estos leves pensamientos. En ella está como la lamparilla durante la noche en el rinconcito de una alcoba, dando la luz suficiente para que el que despierte esté tranquilo y pueda decirse: *no estoy del todo solo*. El nombre de *María* en nuestras hojitas, ilumina, atrae y da seguridad.

Un libro de piedad que no esté en algún modo, lleno, penetrado, iluminado en sus más íntimos pensamientos por el recuerdo y la influencia de la Santísima Virgen, sería muy deficiente.

En el libro en donde no se encuentra con-

tinuamente el nombre de *María*, y lo mismo debe decirse de un alma, no se encuentra alegría completa, ni paz sin temor, ni el consuelo sin algún dolor.

Jesús *Eucaristía* es la savia que da la vida, *María* es el perfume que atrae á Jesús; y si Jesús es la fuerza del alma que la sostiene y la hace caminar, *María* es el bálsamo que la regocija y la hace gozar de Jesús.



Pero lo conozco: queréis de cuando en cuando algo más que un rápido recuerdo de la Santísima Virgen, almas queridas, que con tanta frecuencia pedís á las ARENITAS el consuelo, la dirección y la luz.—Queréis oír palabras que os unan estrechamente con la madre de Jesús, que os la den á conocer, que os la hagan amar.

Pues bien, venid: digamos una vez más lo que se ha dicho mil veces, lo que se dirá siempre sin cansarse jamás, ni de decirlo, ni de oirlo.



Yo os saludo, *Madre tan poderosa* que obtenéis todo lo que queréis, á quien Dios jamás ha rehusado nada.

—o—

Yo os saludo, *Madre tan amable* que atraéis á Vos con encantos desconocidos, y en cierto modo irresistibles, á todos aquellos que tienen aunque sólo sea el pensamiento de levantar los ojos hacia Vos, y de susurrar, aunque más no sea, vuestro nombre. ¡Oh! Yo comprendo que no quieran ni llevar consigo una de vuestras imágenes, ni aun pronunciar vuestro nombre, aquellos que tienen miedo de salir del pecado: temen que rompáis sus cadenas. ¡Pobres locos!

—o—

Yo os saludo, *Madre tan santa* que no podemos acercarnos á Vos sin que se sienta un poco más santo el que está en gracia, y con deseo de evitar el pecado el que está caído en él. ¡Oh! Dadnos el pensamiento de acercar á menudo nuestro corazón á vuestro corazón, y la ciencia de atraer á Vos, siquie-

ra sea por un momento, á las almas que nos son queridas y que viven lejos de Dios. La luz ilumina siempre, el calor calienta siempre, vuestra santidad santifica siempre.

—o—

Yo os saludo, *Madre tan misericordiosa* en quien nosotros, pobres pecadores, no podemos ver otra cosa sino los brazos abiertos para recibir á todos, la mirada llena de compasión, los labios sonriendo con dulzura.

—o—

Yo os saludo, *Madre tan generosa* que os dais siempre y á todas horas al que os tiende la mano, ó que, al menos, desde el fondo de su corazón se dirige á Vos. — No; cualquiera que sea el estado de un alma tibia, débil, culpable, desesperada, jamás se retirará de vuestra presencia diciendo esta triste y dolorosa palabra: « ¡Me ha rechazado! — ¡Ah! — exclamaba el santo cura de Ars. — Si un condenado pudiera pedir que le salvarais, ¡oh María!, ciertamente le salvariais.

—o—